

Tiene usted ya

el lujoso

**ALMANAQUE**

de

La Novela Semanal  
Cinematográfica

con el que se regala  
un estupendo

**ALBUM**

(cubiertas cartón y papel tela)

para coleccionar las  
postales del año 1924

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODO  
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 18.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 131

25 cts.



**SCARAMOUCHE**

por  
Alice Terry

y Ramón Navarro  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

---

Redacción / Via Layetana, 12  
Administración: / Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

Año IV

n.º 131

---

## Scaramouche

Interesantísima novela cinematográfica de  
RAFAEL SABATINI

---

Interpretada por Alice Terry,  
Ramón Navarro  
y Lewis Stone

---

Dirigida por REX INGRAM

---

Superproducción Loew Metro (1924)

---

Selección ÓPTIMA del Programa  
Vilaseca y Ledesma, S. A.

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
OSSI OSWALDA

# SCARAMOUCHE

*Argumento de la película de dicho título*

El reinado de Luis XVI marcó el final de la monarquía francesa. Las arcas del Tesoro estaban vacías, la nobleza y el clero se consideraban todopoderosos, y el Hambre dibujaba en las calles siluetas macabráas.

Empieza esta historia en la paz de la provincia, lejos del torbellino ciudadano. Sin enterarse apenas de los gérmenes revolucionarios que hervían en París, el pueblecito de Gavrillac dormía a la sombra de su castillo secular.

Quintín de Kercadiou era el último señor del castillo. Encerrado entre las murallas de la tradición y el recuerdo, para él no tenía importancia lo que sucedía más allá de los límites de su propiedad.

Luis Andrés Moreau, con su título de abogado en el bolsillo, regresaba de París al pueblecillo natal, llevando como único tesoro su optimismo y su convicción de que el mundo era un manicomio. Pasaba por nieto del señor de Gavrillac, pero en realidad su nacimiento se perdía en la sombra del Misterio.

Felipe de Vilmorin, seminarista y amigo íntimo, casi hermano, de Luis Andrés, viajaba con él.

Cerca ya del lugar que le viera nacer, Luis Andrés releyó la carta que le enviara su abuelo y que decía:

*Querido Luis Andrés:*

*Me alegra mucho saber que pronto volverás a casa. Encontrarás aquí a tu prima Alicia, que ha*

*regresado hace poco de la corte de Versalles, convertida en una gran dama. El tiempo que tú estuviste en París lo pasó ella en Versalles, y ahora, al cabo de dos años, tendré el placer de abrazaros a los dos.*

*Tu abuelo*

QUINTÍN DE KERCADIAU.



Alicia de Kercadiou . . . . . ALICE TERRY

Durante aquellos dos años de ausencia, el recuerdo de Alicia, la linda compañera de su infancia y de su adolescencia, no se había apartado un momento de la imaginación de Luis Andrés.

—Te amaré siempre, Luis Andrés... ¡siempre!—  
dijérale Alicia al despedirse de él para ir a educarse en la corte.

Entregado a la dulce remembranza, Luis Andrés besaba, en la diligencia, el fino cendal que se le cayera a Alicia aquel memorable día... provocando tan poético gesto algunas risitas...

A poco se apearon Luis Andrés y Felipe de Vilmorin, pues habían llegado a Gavrillac, y vieron a unos guardas conduciendo a través del pueblo a un hombre muerto.

Los pueblerinos contemplaron horrorizados el triste espectáculo, y los dos amigos recién llegados siguieron, presas de extraordinaria curiosidad, al fúnebre cortejo.

El muerto fué llevado a una misera cabaña, donde una familia famélica lo estaba esperando.

Luis Andrés y Felipe de Vilmorin, emocionadísimo, consolaban a los miserables moradores de la fría choza, y sus pechos se llenaban de la más honda indignación.

El azar hizo que el poderoso marqués de La Tour —que tenía sus propiedades en las cercanías de Gavrillac y que sentía por el pueblo el profundo desprecio que caracterizaba a casi todos los nobles de la época— se enterase de lo sucedido y viese por sus propios ojos lo soliviantados que estaban los numerosos pueblerinos estacionados frente a la casa del muerto.

Haciendo alarde de sangre fría, el Marqués, acompañado de su amigo el caballero de Chabrilone, acercóse a la cabaña y se asomó al interior antes de entrar definitivamente.

En este momento Felipe de Vilmorin, herido en sus nobilísimos sentimientos por la mano criminal que había quitado la vida al misérrimo ser, daba a leer a Luis Andrés un decreto de la Asamblea Nacional, aceptado por el Rey, concebido en los siguientes términos:

*Los representantes de la Nación francesa, reunidos en la Asamblea Nacional, han acordado re-*

*dactar un decreto, que el Rey ha firmado, prohibiendo que continúe el uso y el abuso de tiranías y opresiones por parte de la nobleza, de las cuales el pueblo venía resultando siempre víctima.*

—¡Ya veis de qué sirven los decretos! ¡Dios, el Rey y la Humanidad son desdeñados por el marqués de La Tour!

El noble penetró en la lúgubre estancia, y encaróse con Felipe de Vilmorin.

—¿Hablabais de mí, señor?

—Hablo, señor marqués de La Tour, de un noble que emplea su alto rango y su poder omnímodo para sembrar el horror entre los que gimen en la penuria.

—Vuestros sentimientos revolucionarios demuestran elocuentemente lo bastardo de vuestro origen, señor seminarista.

—En todo caso, señor Marqués, jamás mi mano se manchó de sangre, y con más limpio honor que el vuestro os cruza la cara para castigaros.

Luis Andrés no pudo evitar el impetuoso gesto de Felipe, y con el corazón encogido de temor vió plantearse el duelo de desagravio.

Mientras el Marqués rozaba suavemente con un pañuelo la parte dolorida de su rostro, su acompañante, a una señal suya, notificaba sus deseos al seminarista.

—Si el señor no dispone de armas, mi espada de caballero de Chabrilone está a su disposición —añadió.

Luis Andrés, viendo que su casi hermano aceptaba dignamente el desafío, imploró al Marqués:

—¡Evitad este duelo, señor Marqués! Mi amigo es un pobre estudiante, que sabe mucho de Teología, pero que nunca ha tenido una espada en sus manos...

El noble sonreía, descontando la victoria para su espada.

\*  
\* \* \*

El Marqués y su acompañante y Felipe de Vilmorin y Luis Andrés, se dirigieron al campo del honor, que en este caso debería llamarse el campo del sacrificio.

Luis Andrés esforzóse en disuadir a Felipe de batirse, pero el seminarista, cegado por la nobleza de su sangre, aceptó la espada del caballero de



Luis Andrés esforzóse en disuadir a Felipe de batirse...

Chabrillone y se efectuó el duelo.

Inhábil para las armas, Felipe se defendía torpemente de los diestros cruces del Marqués, y era fatal que fuera certeramente alcanzado de pleno en el corazón.

Luis Andrés acudió presuroso en auxilio de su amigo. Le incorporó ligeramente en el suelo. Felipe le miró con cariño, sacóse del pecho el decreto por invocar el cumplimiento del cual se había

batido y, entregándose al abogado, manchado de su sangre redentora, extinguióse mansamente.

—Pero... ¡le habéis matado!—profirió Luis Andrés mirando al Marqués.

El aristócrata, limpiando su “vengadora” espada, le respondió sin piedad:

—Naturalmente. Tenía una elocuencia demasiado persuasiva, y esos hombres son los más peligrosos.

—¡Oh, pobre amigo mío! ¿Por qué no me escu-



—¡Oh, pobre amigo mío! ¿Por qué no me escuchaste?

chaste?

Al través del dolor surgió en Luis Andrés el odio hacia el criminal de sangre azul, y clamó, midiéndole con fiereza:

—¡Vuelve, asesino! ¡Vuelve y asegúrate aún más, matándome a mí también!

El Marqués hizo ademán de contestar al insulto de Luis Andrés, mas su acompañante lo serenó.

—¡Dejadle, caballero! ¡Dejadle que ponga un

digno remate a su cobardía!—profirió desesperadamente el joven abogado.

El marqués de La Tour y el caballero de Chabrilone no le hicieron caso, y se alejaron hacia el castillo del primero.

Luis Andrés contemplaba con desconsuelo a Felipe de Vilmorin, y confundieronse con sus lágrimas estas palabras:

—Felipe, amigo del alma, era tu elocuencia lo que temía, pero no ha logrado acallarla con tu muerte... ¡porque aquí quedo yo! ¡Tu voz será la mía, tu evangelio de libertad el mío!... ¡Te juro que no descansaré hasta que haya hecho justicia!

Y Luis Andrés, firme en su propósito, fué a pedir la poderosa ayuda de su abuelo.

Recibióle éste con agrado, pero al oír su vehemente queja contra el matador del seminarista, exclamó:

—¿Justicia contra el Marqués? ¿Pero tú sabes lo que pides?... ¿Estás loco?

—Dos hombres, dos hermanos nuestros han sido asesinados a sangre fría, uno por orden suya y otro por su propia mano. Esos dos crímenes claman justa venganza.

—Andrés, por la suerte de Alicia te ruego que no intentes nada contra el marqués de La Tour. Tengo grandes esperanzas en un posible matrimonio, y por nada del mundo quisiera verlas defraudadas.

En efecto, en el jardín del castillo, hallábanse en aquel momento en plática, Alicia de Kercadiou—que había llevado a él algo de la galantería y de la gracia estudiada de Versalles—y el Marqués, el cual se separaba de ella diciéndole rendidamente:

—Señorita, vuestro tío me ha otorgado permiso para invitaros a la fiesta que daré mañana por la noche en mi castillo.

Luis Andrés, recordando la promesa que le hi-

ciera Alicia, dos años atrás, de amarle siempre, y reconociendo por las manifestaciones de su abuelo que el interés de Alicia se dirigía a otro, precisamente al odiado Marqués, dijo al viejo castellano:

—¡Hace un momento me habéis llamado loco, y tenéis razón! ¡Soy un loco y un imbécil por haber ido a buscar justicia en un mundo donde no se conoce esa palabra!

Tras esto, plantó a su abuelo, y en el momento de salir del castillo encontróse con Alicia.

Ella le tendió los brazos, con el mismo afecto que antes, mas él no correspondió a su gesto, y después de destrozar el cendal que ella le diera en otro tiempo y que él guardara en su pecho como una reliquia, marchóse.

El abuelo reunióse con Alicia, que no acertaba a comprender la conducta de su primo, y le dijo al verla llorosa:

—No le hagas caso. París le ha llenado la cabeza de ideas revolucionarias. Es una fiebre que pasará pronto.

Pero Alicia no halló consuelo en esas palabras; e inmensa fué su pena cuando recogió del suelo los pedazos del pañuelo de encajes que Luis Andrés rompiera un poco antes.

¿Por qué él ya no la quería?

Después de una noche entera a caballo, llegó Luis Andrés a la mañana siguiente a la ciudad de Rennes.

Salida de su indiferencia merced a la actividad de un pequeño grupo de estudiantes, Rennes era uno de los focos del movimiento libertario que se iniciaba en Francia.

El representante de la Justicia en Rennes era más aficionado a saborear los goces todos de la vida que a cumplir rectamente la alta misión que le estaba encomendada. Además de su indolencia,

era más feo que un día sin pan, tanto, que repugnaba.

Luis Andrés obtuvo audiencia con él.

—¿Vuestro asunto, sin duda, tiene alguna relación con esos perros de estudiantes que aúllan ahí fuera y que voy a escarmentar?

—Mi asunto es distinto, señor, aunque acaso tenga los mismos fines que los que tratan los amotinados de la plaza.

Y habló Luis Andrés, y toda la elocuencia "peligrosa" de Felipe de Vilmorin se desbordó en él, como un torrente impetuoso.

El Juez se emocionó—bajo la influencia del licor con que deleitara su paladar, a sorbitos, durante más de una hora—y preguntó al reclamante:

—¿Quién...? ¿Quién es el criminal al que acusáis con tanto fuego?

Luis Andrés pronunció el nombre del noble asesino.

—¿Qué decís?... ¡Oh, qué insolencia! ¡Atreverse a acusar al señor marqués de La Tour!

Luis Andrés se convenció de que la Justicia no le ampararía, y objetó a su repulsivo representante:

—Señor, hasta este momento creí que la justicia era ciega, pero hermosa... Acabo de convencirme de que no es ciega, porque no se atreve contra la fortuna ni el poder... Por lo que se refiere a su hermosura, señor juez... tened la bondad de miraros en ese espejo.

—¡Que no salga ese hombre!—ordenó el indolente magistrado a un criado.

Luis Andrés dió un empujón al asalariado, y salió a la calle en el momento en que una mano traidora disparaba un arma y quitaba la vida al estudiante que arengaba a la multitud pidiendo que alcanzaran su justo valor las palabras *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

\*  
\*  
\*

Luis Andrés, abriéndose paso entre la gente, substituyó valerosamente al caído.

—¡Ciudadanos! Os ofrezco una esperanza de justicia... Este decreto, manchado por la sangre de un apóstol, y aprobado por el Rey, prohíbe que se cometan atropellos como éste que ha segado una vida... En el Palacio de Justicia hay un traidor que se burla de los decretos del Rey. ¡Apedread el edificio! ¡Asaltadlo y haced cumplir al Juez la regia voluntad!

Los rebeldes obedecieron al orador y los cristales de las ventanas del Palacio de la Injusticia rompieron con estrépito.

El Juez dictó órdenes sanguinarias:

—Echad a la calle, si es necesario, toda la fuerza, pero traedme, vivo o muerto, a ese maldito abogado de Gavrillac.

Una bala traicionera rozó el chapeo de Luis Andrés, y a poco aparecieron los dragones, con la orden de arrestarle.

Luis Andrés se puso en salvo, y uno de los estudiantes más fervientes de la revolución, le ofreció su protección.

—Me llamo Chapelier y soy estudiante de Derecho... Admiro vuestro valor. Si me lo permitís, os ayudaré a salir de Rennes.

Luis Andrés aceptó y Chapelier le procuró un caballo y un revólver.

Cuando la noche se extendió sobre Gavrillac, Alicia teclaba en el armonio dulces romanzas, que el marqués de La Tour escuchaba embelesado.

De pronto, Alicia vió, a través del cristal de una ventana, y desde el órgano, el rostro desencajado de Luis Andrés, en quien pensando estuvo durante la velada.

—¿No habéis adquirido "Papillons", el minué de

moda?—le había preguntado el Marqués unos minutos antes.

A fin de reunirse con Luis Andrés, dijo ella al noble:

—Debo tener en mi habitación el minué por que me preguntabais... Iré a buscarle.

Luis Andrés, al comprobar la presencia del Marqués en el castillo de su abuelo, se aprestaba a vengar la muerte del seminarista, pero Alicia se lo



Luis Andrés aceptó y Chapelier le procuró un caballo y un revólver.

impidió suplicante.

—¡Por Dios, prima mía, créeme... no seas nunca la esposa de ese miserable!—le imploró, dolorido, Luis Andrés, interpretando erróneamente los sentimientos de Alicia.

Ella no le pudo contestar nada, pues el galopar de unos caballos avisó a Luis Andrés la presencia de los dragones que le buscaban.

—¡Vienen por mí, Alicia!

—¡Entra aquí! ¡Pronto!

El Marqués había encontrado entre los papeles de música del armonio, el minué "Papillons", y sospechó que era otro el motivo por el que, un tanto turbada visiblemente, marchárase Alicia del salón.

Al entrar los dragones en el castillo, el Marqués fué a enterarse cerca de Alicia de lo que ocurría, y ésta le hizo la súplica de convencer a los soldados de que no se hallaba allí el hombre que debían detener.

—Siento en el alma este incidente, señorita, pero mi influencia no sirve de nada en esta ocasión. Tienen autorización real para registrar la casa.

Los dragones iban a cumplir con su deber, y el Marqués, que había visto desaparecer una sombra en el cuarto de Alicia, hizo una discreta seña al jefe de los soldados para que empezaran por registrar la citada habitación.

Alicia no pudo oponerse a ello, para no comprometerse, y su oculto sufrimiento era terrible.

El Marqués sonreía para sus adentros, mas dejó de sonreír al ver que Luis Andrés se había fugado por una ventana que daba al jardín.

\*

\* \* \*

Por la mañana, el fugitivo se despertó en las cercanías del marqués de La Tour.

No lejos de sí se desarrollaba una escena que llamó poderosamente su atención.

—¡Infame! ¡Me maltratáis después que destrozasteis mi vida!—le decía una mujer, estupefacta, a un hombre malcarado y obeso que le daba una paliza.

Luis Andrés cayó sobre el malvado en defensa de la atropellada... que se puso a reír, imitándola varias personas más.

Eran aquellas gentes nobles señores de la Fa-



rándula, modestos sacerdotes de la bella Talía, que llevaban el encanto de sus farsas a los pueblos pequeños y a las tranquilas aldeas. Al comprender su error, Luis Andrés también se rió.

—¡Por mi vida! ¡Voy a enseñaros que no hay ocasión de reír cuando se interrumpe un ensayo del gran artista Casimiro Binet!—gesticuló el obeso farandulero.

—Enseñádmelo pronto, señor Binet, porque dentro de un minuto seréis atado codo con codo por haber entrado en los territorios del marqués de La Tour.

—Yo ignoraba...

—Dejadme que os saque de este trance. Yo mismo recibiré a esos dragones que se nos echan encima... Esperadme... No me ocurrirá nada.

Luis Andrés se adelantó a los soldados.

—Andamos buscando a un sedicioso... un tal Luis Andrés Moreau, reclamado por el juez de Rennes.

—¡Ah, ya sé! Un joven perverso y grosero, ¿verdad? Pues tal vez sea el tipo que vino no ha mucho a pedirmos de comer. Se marchó por ese lado...

Los dragones cayeron en la trampa, y regresando Luis Andrés al campamento de los cómicos, que lo esperaban en reunión, le dijo al director:

—Si queréis agradecerme lo que acabo de hacer por vos, dejadme formar parte de vuestra compañía.

La que en la farsa "hacia" el papel de "atropellada", en realidad, Adela, un primor de mujer, enamoróse súbitamente de Luis Andrés, y aconsejó con la mirada a su padre, que era el director en cuestión, que accediese al deseo del apuesto desconocido:

—Quedaos, pues. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre no hace el caso. Mientras esté con vosotros, llamadme el señor X.

Pasaron los meses, y ninguna noticia de Luis Andrés llegaba al castillo de Gavrillac.

El castellano recibió esta carta:

*Amigo Quintín:*

*Contestando a lo que me preguntáis, debo deciros que no sé nada de Luis Andrés y sospecho que no debe estar en París. ¿Por qué consentís que Alicia pase la vida encerrada en ese castillo? Enviádmela. Aquí en París la vida se desliza agradablemente y más ahora, pues una "troupe" de excelentes cómicos va a debutar en uno de nuestros mejores teatros.*

*Os saluda vuestra amiga*

TERESA DE PLOUGASTEL.

Correspondiendo a la amable invitación de la condesa de Plougastel, el abuelo mandó a Alicia a la capital.

En el mesón del Jabalí Azul, en el pintoresco París, se hospedaba la compañía de Casimiro Binet, que en poco tiempo, gracias al talento y a la actividad del "señor X", había dado el salto mortal desde las aldeas humildes a los teatros de primera categoría.

Aquella noche debía debutar la compañía representando una obra en tres actos de Casimiro Binet y el "señor X", titulada *Scaramouche*, en el teatro Feydeau.

Luis Andrés firmó la obra anónimamente, y el obeso Binet le objetó con asombro:

—¡Hace casi un año que estás con nosotros y sólo sabemos de ti que eres el señor X y que tienes una lengua muy aguda!

—No necesitáis saber más.

—¡Por el señor X, cuya inteligencia nos ha traído vino y cuyo vino nos ha dado inteligencia!—brindaron los cómicos subalternos, que se llenaban el buche.

En el teatro.

El palco de la temporada de la condesa de Plou-

gastel albergaba aquella noche a la Condesa y a Alicia de Kercadiau.

También el acontecimiento artístico había llevado a París al poderoso marqués de La Tour, queriendo la casualidad que su palco fuera el inmediato al de la Condesa.

Al ver a Alicia en él, el Marqués la saludó y le pidió permiso para ir a sentarse a su lado, accediendo aquélla, por pura galantería.

—Marqués, sin duda no conocéis a la señora condesa de Plougastel...

—Perdonad, señora...

El Marqués y la noble dama se miraron sorprendidos, y la Condesa ocultó el disgusto que le causaba la presencia del aristócrata que hacía la corte a Alicia.

Se conocían...

La representación de *Scaramouche* obtuvo un éxito franco, y el público llamó a escena a los protagonistas, que lo eran Luis Andrés, en el rôle de *Scaramouche* o Arlequín, y Adela, en el de Colombina.

Luis Andrés vió a Alicia con el Marqués, y al quitarse el antifaz con que ridiculizaba su rostro, Alicia le vió a él, con la consiguiente sorpresa para ambos.

Otra vez el marqués de La Tour se cruzaba en su camino. Para él eran las sonrisas de Alicia; para el pobre payaso las carcajadas que provocaba su grotesca careta.

—¿Qué tienes, señor X, que no demuestras estar contento de tu triunfo?—le preguntó Adela, la gentil Colombina, al descorazonado Luis Andrés.

Este no le respondió y retiróse a su camarín.

Nada hiere tanto a una mujer bonita como la indiferencia de los hombres que están a su alrededor, y por esa razón Adela penetró en el camarín de *Scaramouche*.

—Señor X, ¿quieres decirme por qué me desdénas? ¿Qué te hice para que te sea tan antipática?

Luis Andrés se sintió acariciado, y examinando a la enamorada mujer, la atrajo dulcemente a sí, y murmuró:

—Hasta ahora casi no me había fijado en que eres muy linda, Adela... y muy elegante, y muy lista... Sí; indudablemente vales mucho más que la más encopetada dama, dispuesta siempre a vender-



—¿Qué tienes, señor X, que no demuestras estar contento de tu triunfo?

se por una fortuna o por un título.

Adela se abandonó voluptuosa en los brazos de Luis Andrés, y le ofreció los labios...

Binet los sorprendió amándose, y Luis Andrés acalló sus exclamaciones con esta grata nueva!

—Mis felicitaciones, amigo Binet. Pronto serás el papá de la señora *Scaramouche*, y el oro entra-

rá en tu bolsa y la Fama te dará golpecitos en la barriga.

—¡Bravo, bravo!

\*  
\* \* \*

La tarde siguiente, Luis Andrés recibió una visita absolutamente inesperada. Era Alicia. Se aisló con ella y hablaron, ocultándose mutuamente el gran amor que se profesaban.

—Te veo en medio de una compañía... muy extraña, Luis Andrés...

—¿Acaso las gentes con quienes tú te rozas son irreprochables?

—¿Por qué me hablas así, Luis Andrés?

—Alicia, ¿cómo tú, tan inteligente, tan digna, puedes soportar a tu lado a un hombre como el marqués de La Tour?

—El Marqués quiere hacer de mí una gran señora.

—Gran señora eres desde que naciste, Alicia. No hace falta que te den lo que ya posees.

—¿Y tú te atreves a sermonearme, Luis Andrés? ¿Tú, que haces la corte a una mujer de teatro?

—Esa *mujer de teatro*, Alicia, será pronto mi esposa.

—Pero... ¿es posible, Luis Andrés?

—¡Y puedo además asegurarte que ella no se vendería nunca por ningún título!

—¡Luis Andrés! Me has ofendido... No esperaba eso de ti. Me arrepiento de haber venido a verte. Adiós.

Luis Andrés la dejó marchar, a pesar de cuanto la quería. Los celos son muy malos.

Cierta noche, después de la función, y a la hora de la cena, uno de los cómicos sopló al oído de Luis Andrés esta noticia:

—Esta noche, al caer el telón, el marqués de La

Tour hizo llamar a Adela a su palco... Te lo digo como amigo, pero no me delates.

Eso fué para Luis Andrés como una puñalada en el pecho. Adela resultaba una cualquiera.

Después de obligar a Binet, el *tolerante* e interesado padre de la casquivana, a decirle que en efecto Adela había aceptado *ir a dar un paseo* con el Marqués, Luis Andrés la esperó en el mesón, con su padre, hasta altas horas de la madrugada.

Durante el paseo de Adela con el Marqués, en la carroza de éste, Alicia y la Condesa, sin ser vistas, dentro de la carroza de la última, sorprendieron la nueva aventura del poderoso...

Al fin, apareció Adela en el mesón. Luis Andrés, dispuesto a terminar la farsa, le preguntó:

—Señorita, en calidad de futuro esposo vuestro, ¿me permitís que os pregunte a qué precio habéis adquirido esa sortija?

—¡Lengua de víbora!... ¿Crefías acaso que iba a despreciar a un caballero por un pobre payaso como tú?

—Hace tiempo os tenía por seres grotescos a los dos... Ahora veo que además de grotescos sois viles. —respondió, refiriéndose al padre y a la hija, Luis Andrés.

A la mañana siguiente, el marqués de La Tour visitaba a Alicia en casa de la Condesa, mientras la digna doncella tenía entregado su pensamiento al recuerdo de la fantástica nariz de *Scaramòuche*, su amado Luis Andrés.

El Marqués no esperaba el recibimiento que Alicia le dispensó, y que terminó así:

—Marqués, mi deseo es que no nos volvamos a ver más.

El noble preguntó a la Condesa el motivo de la conducta de Alicia.

—Amigo mío, veo que los años no os han hecho olvidar vuestras antiguas costumbres. Alicia sor-

prendió anoche vuestro idilio con una comedianta.

—¡ Ah!... Necesito que me ayudéis, Condesa... porque estoy enamorado de Alicia.

—¿ Os atrevéis...?

—No olvidéis que estamos ligados por un secreto antiguo...

\*  
\* \* \*

En la taberna de "Las Tres Columnas", donde



—No olvidéis que estamos ligados por un secreto antiguo...

acostumbraban reunirse algunos fieles partidarios de la *Commune*, Luis Andrés encontró a Chapelier, el estudiante de Rennes que le ayudara a huir.

Chapelier lo presentó al ciudadano Marat, y juntos hablaron de la situación en que se encontraba el país.

Por la noche, Luis Andrés vistió, por última vez, las ropas de *Scaramouche*.

Al presentarse en escena, *Scaramouche* quitóse el antifaz, y dirigió la palabra al público:

—¡ Ciudadanos! Hoy no soy el bufón que va a haceros reír, sino el amigo del pueblo, de la justicia y de la libertad. Voy a contaros una historia... una historia real, amarga y dolorosa. Si en vuestras almas hay algo sano, vibraréis de indignación al escucharla... No fué un duelo... fué el asesinato frío y premeditado de un hombre en cuyo corazón no había más que un inmenso amor a la Humanidad... ¿Queréis saber dónde se oculta ese asesino? ¡Miradle! ¡Está allí... escuchando orgulloso el relato de sus hazañas!

El Marqués quiso contestar a Luis Andrés desde su palco, mas el pueblo que asistía a la función arremetió contra él.

Intervino la fuerza armada.

El Marqués se refugió en el palco de la Condesa, donde también estaba Alicia. Asustada, por la suerte de Luis Andrés, Alicia se abandonó medio desvanecida en los brazos del Marqués... y Luis Andrés, roído por los malditos celos, huyó llorando de rabia del coliseo.

Durante los dos meses que siguieron, la Asamblea Nacional fué teatro de la lucha sorda de la nobleza contra el decreto que debía dar al pueblo igualdad de voto en el gobierno de Francia.

Jorge Santiago Danton era, a la sazón, el ídolo del pueblo.

Chapelier había sido nombrado Presidente de la Asamblea.

Sin argumentos con que rebatir las palabras nuevas de los diputados del pueblo, la nobleza ponía su razón en la punta de su espada. Los diputados nobles retaban a los diputados del pueblo, y así, bajo el pretexto legal de un desafío, hacían callar los nobles a los diputados que luchaban por la li-

bertad; y solían presentarse, una vez consumado el hecho, en la Asamblea, con estas palabras:

—Señor presidente... Con mi excusa por mi tardanza, traigo la del diputado *fulano*. Nuestras diferencias surgidas en el debate de ayer han sido solucionadas... *definitivamente*.

Lo cual significaba que había matado a su adversario.

Chapelier recomendó Luis Andrés a Danton, como hombre valiente, y juntos fueron a buscarle a la calle del Azar, en una academia de esgrima, donde, para no correr la suerte de Felipe de Vilmorin, cuando se le presentara la ocasión, se adiestraba en el manejo de la espada.

Luis Andrés aceptó substituir en la Asamblea Nacional al último diputado suprimido en duelo *legal*, y pronunció un formidable discurso de presentación, después de la elocuente conferencia del temible Robespierre.

Ante toda la nobleza que ocupaba los escaños opuestos a los del pueblo, Luis Andrés calificó de *viles asesinatos* los desafíos de los espadachines de sangre azul con los diputados del pueblo.

El marqués de La Tour, que tenía representación en la Asamblea, inició el gesto de provocar al osado nuevo representante del pueblo, mas su inseparable amigo el caballero de Chabrilone lo contuvo.

—Permitidme que yo arregle esta cuestión, señor Marqués. Os prometo que será éste su último discurso en la Asamblea... y en todas partes.

\*  
\*  
\*

El caballero de Chabrilone desafió a Luis Andrés, como lo presintiera Danton, y el duelo fué concertado para el día siguiente.

Ese día encontró a la Asamblea Nacional sumida en un paréntesis de expectación... pero éste fué

breve, pues Luis Andrés no tardó en aparecer ileso, invirtiéndose esta vez los papeles.

—Señor presidente, con mi excusa traigo la del diputado de Chabrilone. Nuestras diferencias surgidas en el debate de ayer han sido solucionadas... *definitivamente*.



El diputado del pueblo

Luis Andrés . . . . . RAMÓN NAVARRO

El pueblo aplaudió a rabiar.

La nobleza frunció el ceño, en particular el marqués de La Tour.

Una semana después, cuatro diputados más de la nobleza habían probado el temple del acero de Luis Andrés.

La condesa de Plougastel recibió cierta mañana la visita de Luis Andrés, que deseaba ver a Alicia, y además de comunicarle que había regresado a Gavrillac, le dió a leer un suelto de periódico, redactado como sigue:

*La creciente insolencia del pueblo se pone de relieve más claramente en el caso de su diputado Luis Andrés Moreau, quien, después de haber matado en duelo a un noble, ha herido a cuatro más, siendo considerado como un habilísimo profesor de esgrima.*

—¿Y bien, Condesa?

—Luis Andrés, permitidme que os ayude... En el servicio del Rey iríais muy lejos.

—¿Tan lejos como Austria, Condesa?... Algo se rumorea por aquí de lo que en esa tierra hace vuestro esposo...

—Luis Andrés, dispensadme si parece que demuestro por vos un interés excesivo... Yo... yo conozco mucho a vuestra madre...

Mientras tanto, en el castillo de Gavrillac el marqués de La Tour intentaba reconciliarse con Alicia, obteniendo esta réplica:

—Os agradezco, Marqués, vuestros buenos deseos, pero en adelante no puede haber entre nosotros otro lazo que el de la amistad.

Envidioso de la gloria que iba alcanzando Luis Andrés, el Marqués, aprovechando la indignación del señor de Gavrillac al enterarse del mismo suelto que la Condesa le diera a leer a aquél en su casa, dijo, ante el abuelo y Alicia, que lo desafiaba, con la esperanza de matarlo para que Alicia no se preocupase más por su suerte...

—El lunes nos encontraremos vuestro primo y yo detrás de la catedral, señorita... y uno de nosotros dejará allí su vida.

Por más que Alicia hiciera, no pudo evitarse el duelo.

\* \* \*

El día del lance, Luis Andrés recibió esta carta de su abuelo:

*Insisto en que abandones ese desafío, advirtiéndote que de no obedecerme, sobrevivás o no a la espada del Marqués, habrás muerto para mí.*

Tu abuelo

QUINTÍN DE KERCADIAU.

—El pobre viejo teme por su amigo y vecino, el marqués de La Tour—dijo Luis Andrés a Chapellier.

Luego le visitó Alicia.

—Luis Andrés, he hecho el viaje desde Gavrillac, solamente para pedirte que evites ese desafío.

—¿También tú, Alicia?

—Sí, yo... yo, Luis Andrés.

—¡Déjame! ; No por atemorizarme salvarás a tu Marqués!

Y sin escuchar más súplicas, Luis Andrés salió de su casa con Chapellier, para ir a batirse.

—¡Luis Andrés... escuchame! ; No has comprendido!... ; Vuelve, Luis Andrés! ; Es a ti a quien amo!—gritaba Alicia.

Pero él ya no la podía oír.

La Condesa encontró a Alicia, anegados de lágrimas sus ojos, en casa de Luis Andrés.

—¿Se fué?... ; Oh, Dios mío! ; Esperaba algo horrible, pero nunca este duelo! ; Vamos corriendo... y pedid a Dios que lleguemos a tiempo!

Los enemigos cruzaban ya sus aceros. Las dos mujeres no pudieron llegar hasta ellos, pues la puerta del jardín donde se efectuaba el lance estaba cerrada.

Luis Andrés perdonó la vida al Marqués, demostrándole que no podía matarle aprovechando un torpe gesto suyo... y poco después le hirió noblemente, lamentando sólo no haberle tocado mejor,

con toda legalidad, para dejarlo tendido para siempre. Al perdonarle la vida, le recordó su cobardía matando al pobre seminarista. Así terminó la cuestión.

Abrióse entonces la puerta del jardín, apareciendo en primer lugar, ante las mujeres, el herido Marqués.

—¿Le habéis matado?... —preguntó espantada Alicia.

—No, no le maté...

La emoción venció a Alicia, que se apoyó en el Marqués.

La Condesa daba gracias al Cielo...

Y Luis Andrés, viendo a Alicia junto al Marqués, cerró los ojos, muerto de dolor, y dijo a Chapelier, alejándose con él sin que le vieran las dos mujeres, que aceptaba encargarse de una misión de confianza de la *Commune* para provincias.

Pasaron los meses, y el viento de la Revolución fué transformándose poco a poco en huracán desencadenado.

Danton, al enterarse de que Austria y Prusia invadían el suelo francés para ayudar al Rey, llamó a las armas a los ciudadanos, y los llevó a las Tullerías al compás de las vehementes estrofas de La Marsellesa.

Alicia y la Condesa intentaron huir a Gavrillac, mas no les fué permitida la salida de París, para lo cual era indispensable un permiso de la Asamblea.

El cochero de la Condesa fué a inspeccionar las murallas de la ciudad, para ver si había algún paso franco, pero durante su inspección fué muerto de un balazo.

Las Tullerías fueron asaltadas, después de ponerse en salvo la familia real, la Guardia Suiza cedió a las feroces acometidas de los revolucionarios, y los nobles que secundaron a la inmortal ci-

tada Guardia, entre ellos el marqués de La Tour, sufrieron graves percances. La Muerte se enseñoreaba del Palacio...

Entretanto regresaba a la capital, cumplida la misión que le confiara la *Commune*, el diputado Luis Andrés Moreau. Pero detúvose en Gavrillac, presentándose a su abuelo, que se asombró al verle vivo.

—¿Vives, Luis Andrés? ¿El Marqués...?



...y los llevó a las Tullerías al compás de las vehementes estrofas de La Marsellesa.

—Le herí... nada más.

—Prometí desinteresarme por completo de ti...

—Pero aun me queréis... Os lo veo en los ojos...

—¡A mis brazos!

—¡Apretad, abuelo, que bien sabéis cuánto os aprecio!

—¿Cómo pudiste llegar hasta aquí? Algunos re-

fugiados de París me han enterado de que la Revolución está en su período álgido.

—Leed la autorización de libre circulación que me diera la *Commune*.

El abuelo leyó:

COMMUNE DE PARIS

*El ciudadano Luis Andrés Moreau, delegado, tiene amplios poderes para obrar como mejor le acomode, a fin de que pueda cumplir sin dificultades la misión que le ha sido confiada.*

DANTON.

—Entonces podrás salvar a Alicia y a la condesa de Plougastel.

—A Alicia sí, pero la Condesa morirá, porque su marido es el causante de que esté Francia invadida por tropas extranjeras.

—¡Andrés, debes salvar a la señora de Plougastel!

—¡No!

—¡Esa dama... es tu madre!

—¿Mi...? ¿Qué decís? Entonces vos... sois, naturalmente...

—Nunca supe el nombre de tu padre... Te recogí de niño y te hice pasar por mi nieto.

—Lo siento, señor... siento de veras no ser vuestro hijo. ¡Abrazadme! Yo os quiero como si lo fuera...

\*  
\*  
\*

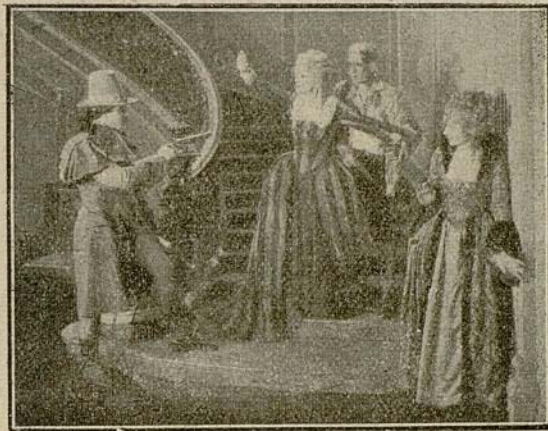
A través de muchos sacrificios, el marqués de La Tour pudo llegar, mal herido, hasta la casa de la Condesa que, con Alicia, seguía esperando a su cochero para huir—ignorando que había muerto.

Las dos mujeres atendieron al Marqués, y lo ocultaron en la casa.

Luis Andrés pudo llegar hasta Alicia, y al tenerla junto a sí, dispuesto a salvarla, le tendió los

brazos obedeciendo a un impulso del corazón. Alicia lo besó apasionadamente, y Luis Andrés comprendió cuán grande había sido su error creyéndola inconstante al amor de antaño.

La Condesa miraba con cariño a la feliz pareja, y aunque a Luis Andrés le pesara que su madre fuera la esposa del culpable de la triste situación del país, reveló su personalidad a Alicia y se arro-



—¡Andrés, respétale! ¡Es tu padre!

jó a los brazos de la que le diera el ser.

La aparición inesperada del Marqués hizo poner en guardia a Luis Andrés.

—¿Qué hace este hombre aquí? Debe morir... que huya inmediatamente o no respondo de mí.

El Marqués replicó con descaro, y Luis Andrés hizo como si fuera a dispararle su pistola.

—¡Andrés, respétale! ¡Es tu padre!—gritó la

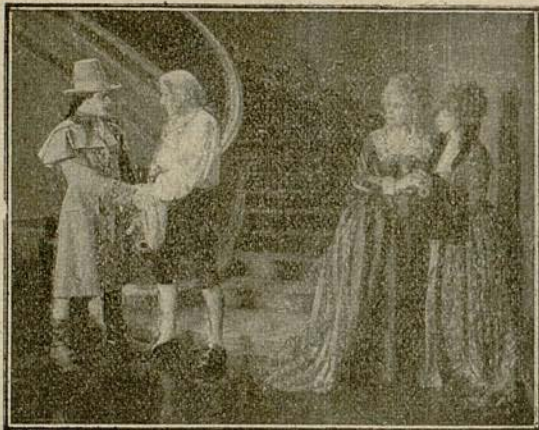


Condesa cubriendo con el suyo el cuerpo del Marqués.

La emoción y la sorpresa contuvieron a Luis Andrés.

Alicia lloraba.

—¿Por qué no me dijisteis nunca lo que acabáis de descubrir ahora, Condesa?—preguntó, arrependido de sus errores, el Marqués.



Luis Andrés no pudo menos de darle la mano en señal de olvido...

—Cuando me abandonasteis, juré callar siempre, ocultar el secreto de nuestros amores, para evitar sufrimientos a mi familia.

El Marqués se dirigió a Luis Andrés:

—Ya sé que no tengo derecho a llamaros hijo mío... pero, al menos, dadme el consuelo de obtener vuestro perdón.

Luis Andrés no pudo menos de darle la mano en señal de olvido, y añadió:

—Tomad este pasaporte. Todavía podéis huir y salvaros.

—No huiré. Dadme un acero.

—Que esta espada os sirva tan fielmente, señor, como me ha servido a mí.

El Marqués tomó la espada, y arrodillándose ante la Condesa, dijo apesarado:

—Teresa, te hice mucho daño... fuiste desgraciada por mi culpa... Perdóname... Voy a tratar de reparar, con un acto de contrición, todo el mal que he hecho en esta vida... Adiós, Alicia... Perdonadme vos también... y dejadme que bese vuestro vestido puro como vos misma.

Y el marqués de La Tour salió de la casa de la Condesa, y retando, para atraérselos, a los revolucionarios que en masa se dirigían a donde él estaba, murió en sus manos justicieras defendiéndose como un noble valiente.

Luis Andrés y su madre y Alicia se dirigieron a las puertas de la ciudad.

Los revolucionarios se oponían a su paso.

Apeáronse los tres del coche en que iban, y Luis Andrés dirigió la palabra a los revoltosos:

—¡Ciudadanos! ¡Es que no reconocéis a Moreau?

—¡Moreau! ¡Es Moreau!—gritaron algunos.

—Pero entrérganos las mujeres. ¡Son aristócratas!—dijeron otros.

—Son mi madre y mi novia... Os pido protección para ellas. ¡Decidid, ciudadanos! Tomad esta pistola... Es la única arma que llevaba... ¿Creéis que es digno Moreau de que se le conceda lo que pide? ¡Matadme, si no!

—¡Abrid las puertas para Moreau, nuestro diputado!—rugieron millares de voces.

Y las puertas se abrieron para dejar el paso libre

a los tres seres que iban a buscar la felicidad que tanto merecían.

Y el pueblo, ebrio de libertad, igualdad y fraternidad, recorría la ciudad al compás de las vehementes estrofas del himno inmortal:

*Allons enfants de la Patrie,  
le jour de gloire est arrivé...*

*Prohibida la reproducción*

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

Próximo número:

La deliciosa comedia

## Siempre audaz

por la monísima ingenua  
MARGARET LOOMIS

Postal-fotografía-regalo:

Mahlon Hamilton

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles. En toda España.

Está obteniendo un gran éxito la novela

## DE MUJER A MUJER

de la BIBLIOTECA *Los Grandes Films*

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA